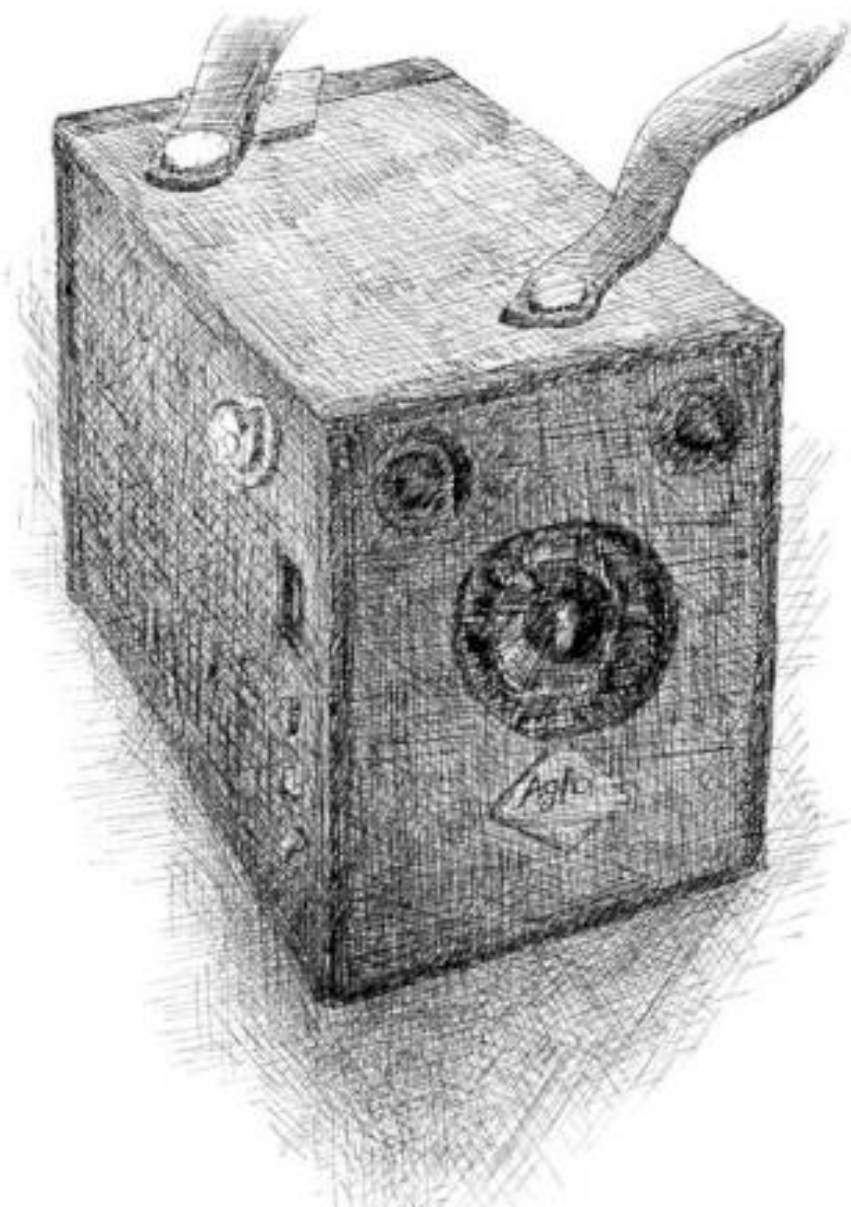


PREMIO NOBEL DE LITERATURA

Günter Grass

La caja de los deseos

Traducción
Miguel Sáenz



ALFAGUARA

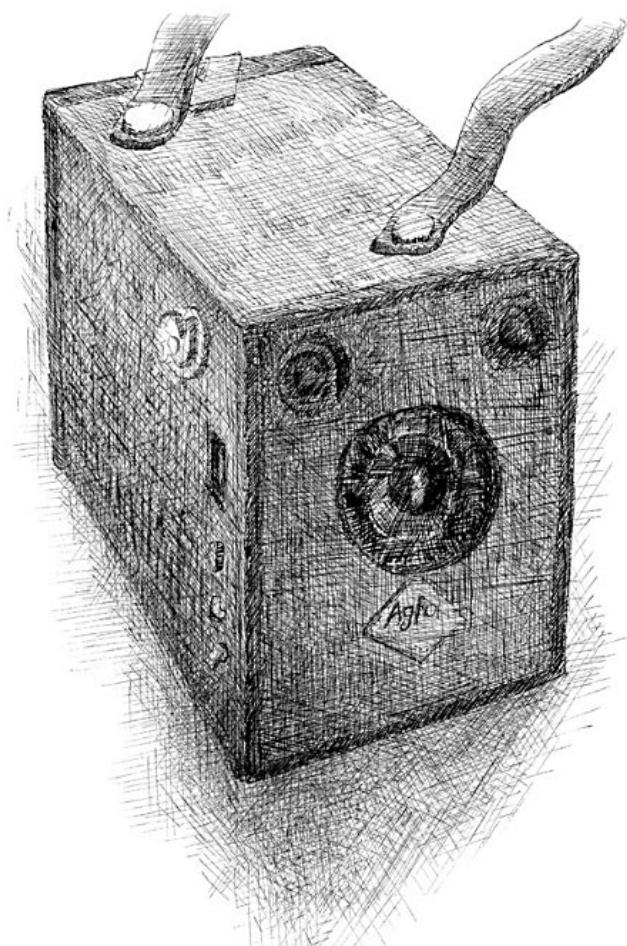
PREMIO NOBEL DE LITERATURA

Günter Grass

La caja de los deseos

Traducción
Miguel Saenz

ALFAGUARA



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

En memoria de Maria Rama

Lo que quedó



Érase una vez un padre que, como se había hecho viejo, convocó a sus hijos e hijas: cuatro, cinco, seis, unos ocho, hasta que, tras dudarlo mucho, se sometieron. Ahora están sentados en torno a una mesa y empiezan a charlar enseguida: cada uno por su cuenta, todos al mismo tiempo, sin duda imaginados por su padre y con palabras de éste, pero testarudos y, a pesar de su cariño, sin pretender ser indulgentes con él. Siguen discutiendo: ¿quién empieza?

Primero nacieron los mellizos, aquí llamados Patrick y Georg, y abreviadamente Pat y Jorsch, pero que en realidad se llaman de otro modo. Luego alegró a sus padres una niña, que en adelante se llamará Lara. Los tres enriquecieron nuestro mundo superpoblado, antes de que la píldora fuera comprable, la anticoncepción habitual y la familia se planificara. Y así se sumó sin ser llamado —como engendrado por un capricho del azar— alguien que en realidad debería atender por el nombre de Thaddäus pero al que todos los reunidos en torno a la mesa llaman Taddel: «¡Deja de hacer el tonto, Taddel!», «¡Te vas a pisar los cordones, Taddel!», «Vamos, Taddel, haz otra vez tu número de Rudi el Despistao»...

Aunque adultos y estresados por su profesión y su familia, hijas e hijos hablan como si quisieran literalmente volver atrás, como si les resultara asequible lo que sólo se vislumbra en silueta, como si fuera posible que no pasara el tiempo, como si la infancia no acabara nunca.

Desde la mesa se puede desviar la mirada hacia las ventanas: un paisaje ondulado a ambas márgenes del canal Elba-Trave que ribetean viejos chopos, los cuales, demasiado exóticos, serán talados próximamente por decisión oficial.

En una amplia sopera humea un guiso, unas lentejas que, con costillitas de cordero, ha cocinado a fuego lento el padre, que es quien invita, sazonándolas finalmente con me-

morana. Así ha sido siempre: al padre le gusta cocinar para muchos. «Asistencia social» llama a su tendencia a una multiplicidad épica. Con cucharón justiciero va llenando plato tras plato, acompañando cada vez la acción con alguna de sus sentencias, como: «Ya Esaú cedió su primogenitura por un plato de lentejas». Después de la comida se retirará, para desaparecer en su taller, remontándose en el tiempo, o sentarse junto a su mujer en el banco del jardín.

Fuera es primavera. Dentro calienta todavía la calefacción. Después de haber acabado con las lentejas, los hermanos pueden elegir entre cerveza de botella y jugo de manzana natural. Lara ha traído fotos, que trata de ordenar. Todavía falta algo: Georg, que atiende por el nombre de Jorsch y es, por su profesión, el responsable, prepara los micrófonos de mesa, porque el padre insiste en la técnica de sonido, pide luego que los prueben y, finalmente, se da por satisfecho. A partir de ahora, los hijos tienen la palabra.

¡Empieza, Pat! Al fin y al cabo eres el mayor.

Llegaste al mundo diez minutos cumplidos antes que Jorsch.

Bueno, ¡qué más da! Durante mucho tiempo sólo existimos nosotros. En mi opinión, cuatro hubiéramos sido suficientes, sobre todo porque nadie nos preguntó si teníamos ganas de ser más de dos, tres o luego cuatro. Incluso los mellizos nos resultábamos alternativamente demasiados.

Y tú, Lara, más adelante no pediste nada con más insistencia que un perrito y sin duda, como hija, te hubiera gustado ser la última.

Lo fui durante años, aunque a veces, además de por un perrito, suspiraba por una hermanita. Y así fue, porque entretanto no había ya nada entre nuestra mamá y nuestro papuchi, y —supongo— él quería otra, lo mismo que ella se había buscado otro.

Y como él y la Nueva querían tener algo en común y los dos pensaban que podían prescindir de la píldora, viniste tú, otra niña, que en realidad se llama como la madre de padre pero que —incluso por deseo propio— quiere participar ahora en calidad de Lena.

Qué va, no hay prisa. Primero os toca a vosotros. Puedo esperar. Eso lo he aprendido. Haré mi entrada en escena luego.

Pat y Jorsch tenían casi dieciséis años, yo trece y Taddel unos nueve cuando tuvimos que acostumbrarnos a una hermanita.

Y a tu mamá también, que además vino con hijos, concretamente dos niñas...

Sin embargo, como nuestro papuchi no sabía estarse quieto, huyó de la Nueva, sin saber adónde, con su libro empezado, con el cual se alojaba unas veces aquí y otras allá para teclear en su Olivetti.

Con lo que, mientras buscaba, otra mujer le dio una niña...

Nuestra queridísima Nana.

A la que, por desgracia, no conocimos hasta más tarde, mucho más tarde.

La menor de las hijas del rey...

¡No os burléis! Pero a cambio de mi verdadero nombre me llamaré ahora como la muñeca a cuya vida cotidiana dedicó mi papá un largo poema en rimas infantiles, que empieza así...

En cualquier caso fuiste la más pequeña. Y poco después padre encontró por fin la tranquilidad, con otra mujer. Ella os trajo a vosotros, los chicos, que erais más jóvenes que Taddel y que —como hemos decidido Pat y yo— os llamaréis ahora Jasper y Paul.

¿No vais a preguntarles si esos nombres les gustan?

No están mal.

Entonces nos llamaremos de una forma totalmente distinta.

... como también vosotros.

Erais mayores que Lena y mucho mayores que Nana, pero a nivel de familia pertenecíais a ella, de forma que desde entonces fuimos ocho hijos a los que, por ejemplo aquí, mirad las fotos —las he traído expresamente—, se nos puede ver unas veces aislados, otras emparejados de una forma o de otra, e incluso aquí, eso fue más tarde, a todos juntos...

... cómo vamos creciendo, aquí yo, ahí Jorsch, unas veces con el pelo corto, otras con el pelo largo, en esta foto haciendo muecas...

... o aquí, aburrido, montando un número.

En esta de aquí Lara besuquea a sus conejillos de Indias...

Aquí Taddel, con los cordones del zapato sueltos, vaga por delante de la casa...

O Lena, con aspecto triste.

Me apuesto a que hay algo así en todos los álbumes de fotos que andan por casi todas las familias. No son más que instantáneas.

Es posible, Taddel. Pero por desgracia, muchas fotos que, como sabéis, no eran de ningún modo instantáneas normales se perdieron en algún momento, y es una pena porque...

Por ejemplo las de Lara con el perro.

O todas las fotos en las que yo, como a menudo deseaba en secreto, estaba en un carrusel de cadenas entre mi papá y mi mamita, volando por los aires... Qué bonito era... Ay...

O la foto con el ángel de la guarda de Taddel.

O la serie de Paulchen con muletas...

El hecho es que todas, las normales y las que se perdieron, las hizo la vieja Marie, porque ella, sólo ella...

Escuchad, sobre Mariechen hablo yo. Empezó como un cuento de hadas, más o menos así: érase una vez una fotógrafa a quien algunos llamaban la vieja Marie, y Taddel, a veces, la tía Marie, y a la que yo llamaba Mariechen. Desde el principio perteneció a nuestra familia hecha de retazos. Mariechen siempre estuvo allí, primero con nosotros en la ciudad, luego con vosotros en la tierra llana, unas veces

aquí y otras allá durante las vacaciones, porque —así era— se pegaba a padre como una lapa y posiblemente...

Pero también se pegaba a nosotros, porque cuando nos pedíamos algo...

Es lo que digo: desde el principio, cuando éramos primero sólo dos, luego tres, luego cuatro, nos fotografiaba o hacía una instantánea cada vez que padre le decía: «¡Dispara, Mariechen!».

Y cuando estaba de mal humor —podía ser muy caprichosa—, decía de sí misma: «¡Al fin y al cabo sólo soy vuestra Mariechen la de las fotos!».

Sin embargo, no nos fotografiaba sólo a los niños. A las mujeres de papuchi las iba retratando, una tras otra, mirad: primero a nuestra mamá, que en cada foto parece como si fuera a bailar a nivel de ballet; luego a la madre de Lena, que tiene siempre la mirada como herida; y luego a la siguiente, la mamá de Nana, que en casi todas las fotos se ríe no se sabe de qué, y luego la última de las cuatro mujeres, la madre de Jasper y Paulchen, a la que con frecuencia el viento agita los bucles...

Y con la que nuestro papaíto encontró por fin la paz.

Sin embargo, aunque hubiera deseado tener un retrato de grupo con sus cuatro mujeres fuertes —estoy de acuerdo con Jorsch en que esa foto de pachá con él en el centro era una de las cosas que más deseaba— Mariechen sólo las iba retratando de una en una. Mirad: siempre por su orden.

Pero a nosotros nos fotografiaba como si fuéramos dados de un cubilete. Por eso hay aquí ahora un montón de fotos, las podemos poner como queramos, aunque, por favor, Nana, no juegues con el micrófono, porque si no...

Pero también debemos acordarnos de las instantáneas que se perdieron, de todas las que nos hacía

Mariechen cuando desaparecía con los carretes en el cuarto oscuro, sólo porque padre lo quería...

Eso tienes que explicarlo un poco mejor, Pat: ella hacía fotos con la Leica y a veces con la Hasselblad, pero sólo hacía instantáneas con la Box. Con ésta, sólo con ésta iba con padre a fotografiar todo lo que él necesitaba para sus ocu-

rrencias. Y esa Box era algo especial, pero en realidad nada más que una cámara de cajón pasada de moda de Agfa, que era la que suministraba también los carretes Isochrom B2.

Ya fuera la Hasselblad, la Leica o la Box, Marie siempre llevaba colgada alguna.

«Todas fueron en otro tiempo de mi Hans —decía Marie a todo el que admiraba sus cámaras—. Él no necesitaba más».

Sin embargo, sólo Pat y Jorsch saben qué aspecto tenía Hans. Siempre dijiste que era «un tipo fuertote de frente abollada». Y tú que: «Siempre le colgaba un pitillo del labio».

Los dos tenían su estudio en una buhardilla en el Kudamm, entre Bleibtreu y Uhland. Su especialidad eran los retratos de actores y de bailarinas de largas piernas. Pero también de directores gordos de la Siemens con sus esposas de gruesos pedruscos al cuello. Y además, de críos de gente podrida de dinero de Dahlem y Zehlendorf. Se sentaban, con su ropa cara y ligeramente de lado ante un telón, sonriendo de manera forzada o fingiendo seriedad.

La vieja Marie era la encargada de todo lo técnico, de la iluminación con lámparas especiales o de lo que hiciera falta: revelar películas, hacer copias, ampliarlas o retocar minuciosamente verrugas, granitos indeseables, arrugas y arruguitas, papadas excesivas, pecas y pelitos de encima de la nariz.

Todo en blanco y negro.

Para su Hans, el color no existía.

Para él sólo había tonos de gris.

Por pequeños que fuéramos, todavía me parece oírlo cuando estaba de buen humor: «La única que tuvo una verdadera formación fui yo. Sin embargo, sólo mi Hans, que había aprendido por sí mismo, retrataba a toda aquella gente conforme llegaba... Yo me ocupaba del cuarto oscuro. De eso Hans no tenía ni idea».

A veces, y como si tuviera que ahorrar palabras, hablaba de sus años de aprendizaje en Allenstein...

... es una pequeña ciudad en la parte masuria de la Prusia oriental, nos explicó padre.

En polaco se llama ahora Olsztyn.

«En la patria fría —decía Marie siempre—. Muy lejos al Este. Allí todo está hecho polvo y destrozado».

Padre y madre eran muy amigos de Hans y Mariechen. A menudo bebían mucho y se reían de buena gana, casi siempre hasta entrada la noche, de historias de antes, de cuando todavía eran jóvenes...

Hans también hizo fotos de padre y madre ante un lienzo blanco. Siempre con la Hasselblad o la Leica, nunca con la Agfa-Box número 54, llamada también Box I, que, cuando salió al mercado, fue un verdadero éxito, hasta que Agfa lanzó otros modelos, como la Agfa-Spezial con lente de menisco y...

Cuando Hans murió de pronto, lo enterraron en el cementerio del bosque, en Zehlendorf.

Todavía recuerdo más o menos cómo fue. No dejaron estar presente ni hablar a ningún cura, pero cantaron muchos pájaros.

Brillaba el sol, lo que nos cegó. Jorsch y yo, de pie a la izquierda de madre, que estaba junto a Mariechen. Padre habló ante la tumba abierta de su amigo Hans, fotógrafo en blanco y negro, al que había prometido solemnemente ocuparse de Mariechen, y no sólo en lo económico, sino en todo.

Primero habló con voz baja, al final con voz alta...

Y, para terminar, padre enumeró todas las clases de aguardiente que le gustaban a su amigo Hans.

A los hombres que, desde la capilla, habían llevado el ataúd sobre ruedas, y luego, creo, hasta la tumba entre cuatro, bajándolo después con cuerdas, les entró, podéis creérmelo, una sed tremenda cuando padre comenzó a enumerar clases de aguardiente, haciendo una pausa después de cada una.

Debió de sonar totalmente solemne...

Como un exorcismo.

Claro está, a nosotros nos resultó penoso, porque la enumeración no acababa.

Se llamaban, bueno, como se llaman aún: Pflümlí, Himbeergeist, Mirabell, Moselhefe y cosas así.

Había un aguardiente llamado Zibärtle, y lo sigue habiendo cerca de donde vivo, en la Selva Negra.

Y también estaba el *kirsch*.

Debió de ser no sé cuándo, en cualquier caso en algún momento después de la construcción del Muro. Entonces teníamos cinco años apenas. Tú, Lara, sólo dos. Seguro que no puedes acordarte de nada.

Y tú, Taddel, no existías aún, ni con mucho.

Debía de ser otoño. Había setas por todas partes. Bajo los árboles del cementerio. En la maleza. Detrás de las lápidas. Aisladas o en grupos. Padre, al que siempre le chiflaron las setas y que está seguro de conocerlas todas, arrambló en el camino de vuelta con todas las que consideró comestibles.

Se llenó el sombrero, todavía lo recuerdo.

Y se hizo una bolsa con el pañuelo.

Luego nos las comimos en casa, con huevos revueltos.

Como «banquete fúnebre», dijo al parecer.

En aquella época, cuando enterraron a Hans, vivíamos todavía en la Karlsbader Straße, en una casa medio derruida que había quedado de la guerra.

Sin embargo, cuando Mariechen se quedó entonces completamente sola en el gran estudio, no sabía qué hacer consigo misma. Sólo cuando padre la convenció —eso sabe hacerlo—, comenzó con la Leica, luego con la Hasselblad y luego casi sólo con la Box, a hacer fotos para padre de cosas especiales y objetos encontrados, bueno, conchas que él traía de sus viajes, muñecas rotas, clavos torcidos, muros sin revocar, conchas de caracol, arañas en su red, ranas aplastadas por los coches, incluso palomas muertas que encontraba Jorsch...

Más adelante pescados del mercado semanal de Friedenau...

También repollos partidos en dos...

Sin embargo, empezar a fotografiar todo lo que para él era importante lo hizo ya en la Karlsbader Straße...

¡Es verdad! Comenzó con sus fotos cuando padre pudo comprar la casa de ladrillo con el libro que tenía entonces entre manos y que trataba de perros y espantapájaros, aunque no estaba ni mucho menos terminado, pero con el que luego ganó una pasta...

Entonces la vieja Marie venía también a la Niedstraße y fotografiaba un montón de cosas para él...

... y a nosotros los niños, que cada vez nos hacíamos más mayores, nos ponía delante de su caja de los deseos. Y para mí, sólo para mí, mientras mis conejillos de Indias se ponían cada vez más rollizos...

Eso fue luego, Lara. Primero estamos Jorsch y yo, porque...

Estoy viendo cómo, con los hombros encogidos, ella está delante de la casa medio destruida con su cajón ante el vientre, manteniendo la cabeza baja, como si se concentrara en el visor de su Box.

Sin embargo, siempre fotografiaba siguiendo sus impulsos, y a menudo miraba en otra dirección.

Y llevaba un corte de pelo muy raro. Un peinado a lo *garçon*, como lo llamaba padre.

Parecía una chica arrugada, delgada y planchada por delante. Y el cajón que colgaba de ella y con el que...

¡Oye, Pat! Eso tienes que contarlo mejor. Ante todo, los hechos: la Agfa-Box apareció en el mercado ya en 1930, pero no fue la primera cámara de cajón. Los norteamericanos, se comprende, la habían inventado antes de 1900. No se llamaba Box sino Brownie y la comercializó en masa la Eastman Kodak Company. Sin embargo, introdujo ya el formato seis por nueve, como más adelante la Tengor de Zeiss-Ikon y la «Volkskamera» (cámara popular), como entonces se decía, de la Eho. Aunque sólo la Agfa-Box se hizo realmente popular, con su eslogan publicitario: «Quien fotografía disfruta más de la vida».

Justo eso iba a decir. Porque nuestra Mariechen había recibido una Box de éstas como regalo de un tío o una tía,